







Vapores CORREOS FRANCESES DE LA SOCIETE GENERALE DE TRANSPORTS MARITIMES A VAPEUR para el BRASIL Y BUENOS AIRES

Compagnie Generale Transatlantique VAPORES CORREOS FRANCESES Servicio fijo y rapido entre los puertos de Cartagena a Orán y vice-versa

Compañía Sevillana de Navegación a Vapor SALIDAS DE CARTAGENA. Todos los miércoles a las seis de la tarde para los puertos de Almería, Málaga, Cádiz, Sevilla y Huelva.

Compañía Cartagenera de Navegación Dirección telegráfica: Navegación Cartagenera Línea regular de vapores entre

LEED, PROBAD, COMPARAD y os convenceréis inmediatamente de la increíble eficacia de las PASTILLAS VALDA Antisépticas para EVITAR y CURAR Catarros, Congestivos de Cabeza (ronquidos), Afecciones de la Garganta, Laringitis, Bronquitis agudas o crónicas, Gripe, Asma, Entesema, etc.

De Cartagena MADERAS Para carpinteros ebanistas y aparedadores. Comercio de Carlos García Tudela. CARTAGENA. De Madrid SE VENDE la participación que posee en la línea y Monte pinar llamado «Las Murtes» Calasparra, Condesa de Melgar, Estrella, 20, Madrid. Sin corretores. De Francia 23 A 173 francos por semana a 87, horas, señoras y jóvenes sin dejar empleo.

RELOJ ZENITH PARIS GRAND PRIX Después de dos concursos entre las mejores fábricas de relojes, el Gobierno italiano dió la preferencia al ZENITH, habiendo adquirido en el espacio de dos años 8.000 relojes ZENITH para los ferrocarriles.

La circulación de EL LIBERAL es tan extensa y numerosa dentro y fuera de Murcia, que una esquila ó anuncio publicado un solo día en este periódico, equivale á diez ó más días en cualquier diario local ó regional. PRECIOS ECONOMICOS Y RAZONADOS

Relojería Suiza PLATERIA. 6. Antes Sociedad, 21. Longines, Waltham, Omega, Juvenia y otras marcas. Relojes de oro, Repetidores de pared estilo inglés y demas clases del país.

E. Cornely & Fils. Paris 87, FAUBOURG SAINT-DENIS. Máquinas para bordar á 1, 2 y 3 hilos, y para toda clase de trabajos. Se envían gratis catálogos y muestras de los trabajos hechos en nuestras máquinas a cuantas personas deseen conocerlos y solicitar en la casa.

del Observatorio Astronómico de Neuchâtel (Suiza) le colocan á la cabeza de las primeras marcas conocidas. De venta en las principales Relojerías

EL ALBUM DE LA GUERRA DE MELILLA POR 75 CENTIMOS se venden en la Administración de este periódico elegantes cubiertas, á dos tintas, para la encuadernación del ALBUM DE LA GUERRA.

Diario DE Avisos De Murcia AMA DE ORIA.—Para casa de los padres, de 6 meses, edad 25 años. Razón: Ventorrillo de la Emilia, camino de Orihuela. AMA DE ORIA.—Para su casa, leche de un mes, de 25 años. Razón: Cayetana García Pérez, Cabezo de Torres. CAFE IRIS el más exquisito compuesto de clases selectas; elaborado por sistema IRIS. Servicio á domicilio. Hay bollería.—Lencera, 22.

interesante á todo Agencia de encargos de Pascual Martínez Con el fin de servir con mayor prontitud todos los encargos, esta agencia ha puesto al servicio en todos los trenes, para Alicante, Torrevieja y Cartagena.—Salida para Cartagena, á las 8 mañana y 2 tarde.—Regreso á las 12 mañana y 7 tarde.—Salidas para Alicante y Torrevieja, á las 5 y 9 mañana y 5 tarde.—Regreso de estos puntos á las 10 mañana y 7 y 10 noche. Despacho en Cartagena: Calle del Duque, 35. SE ALQUILA local propio para almacenes, sito plaza González Conde. Razón: D. José Rubio, Ruizperez, 14, 2. De Torrevieja SE VENDE la mesa de billar de Frasqui.—Progreso, 5, Torrevieja.

EL Liberal TARIFAS DE PUBLICIDAD MADRID Notas útiles... 2,00 pesetas línea. Noticias... 3,00. Reclamos... 1,50. Anuncios, cuarta página... 0,50. Esquelas mortuorias, según muestrario. SEVILLA

FOLLETIN DE EL LIBERAL (104) —Id corriendo. Geneveva salió. Durante su ausencia pasó Renée á su gabinete, abrió el pomito que ya conocemos, introdujo en él la punta de una horquilla del pelo, y ya iba á dejar caer en la coahuilla de café una gota del horrible veneno abstracto del enfurbe de Abisinia, cuando reflexionó y dijo: —No, hoy no... La impaciencia me hace cometer locuras... Quiero ir demasiado de prisa... Y sin terminar su obra, volvió al departamento de la condesa. Geneveva entró casi al mismo tiempo con el cuentagotas. Renée contó diez gotas. En este dieron las ocho. Se aproximó á su hermana, y ayudándola á incorporarse, le dijo: —Bebe, hermana mía. —¿Qué mal sabe!—habucos Juana dejando caer la cabeza en la almohada. A partir de aquel momento, Renée dió tres tomas á Juana de suero, en un cuarto de hora, según lo había prevenido el doctor. El efecto deseado se produjo antes de lo que se pensaba. No habían dado las nueve cuando Juana se quedó tranquila y profundamente dormida. Renée, con pasmosa abnegación, pasó la mitad de la noche sentada á la cabecera; cuando el cansancio la obligó á retirarse, fué reemplazada por Geneveva. Al rayar el día, Raoul entró en el dormitorio andando sobre las puntas de los pies para no hacer ruido. —¿Cómo sigue? preguntó en voz baja. —La señora duerme como un niño. Su respi-

ración es pausada y su semblante parece sosegado. Los dos se quedaron esperando que despertase. Juana, al abrir los ojos, vió á Raoul sentado á su cabecera. Le dirigió una sonrisa, le tendió la mano y sin esperar la pregunta, dijo: —He dormido toda la noche en un sueño, y me encuentro bien. Me parece que estoy curada. ¿Ves como estaba en lo cierto al decirte que Máximo Giraud tenía razón? —Me he convencido—contestó el conde abrazando á Juana.—Principio á participar de tu confianza. El coche que ha de traerle ha salido hace bastante rato para Rancey. El doctor llegará antes de una hora. Raoul no se engañó. No se hizo esperar el ruido de los caballos; y el conde, con la alegría pintada en el semblante, corrió á recibir al médico, contándole el buen resultado de su receta. —¿Cuánto me alegró!—murmuró Máximo respirando con desahogo.—Estaba muy intranquilo, muy desanimado... —¿Por qué? —Por una razón muy sencilla. He estado toda la noche trabajando; he consultado cien volúmenes buscando luz, y aquí me tenéis tan á oscuras como ayer. No encontraba una explicación satisfactoria que me demostrase las causas que producen la enfermedad de la condesa. Los accesos de la fiebre no producen por sí solos los ataques que me habéis referido ni esas alucinaciones nocturnas, que continúan pareciéndoseme incomprensibles... —Las alucinaciones y los ataques han de obedecer á una causa—dijo interrumpiéndole Raoul.

—Sin duda alguna; pero, ¿cuál es? Alguna que otro caso de envenenamiento ofrece solamente analogía con estos accidentes. Existen venenos vegetales que producen alucinaciones y que acaban por trastornar el cerebro. ¿Admitís vos la posibilidad de un envenenamiento casual? —No—respondió Raoul.—La niego rotundamente. Mi hermana política, la condesa y yo probamos siempre los mismos platos que nos sirven á la mesa, el sobrante lo toman los criados... Nadie se ha quejado. Además, aún suponiendo el envenenamiento, hubiera seguido su marcha natural y progresiva, agravando cada día más el estado de la enferma. Mi esposa, por el contrario, experimenta hoy una crisis, se reponde de ella en breve tiempo y vuelve á recaer cuando menos se espera. —El caso es que me tengo que contentar con lo que decía ayer á la señora condesa, sin darle crédito y no atribuir el mal á otra cosa que á un desajuste momentáneo del sistema nervioso. Los nervios son el último recurso de los médicos cuando desconocen una enfermedad. Con los nervios se explican todos los males. —En fin—exclamó Raoul—poco importa la causa si conseguimos suprimir el efecto. Vamos á ver la condesa. —Buenos días, apreciable doctor—dijo Juana al verle entrar.—No tendréis queja de mí. Ya estoy buena, gracias á vos. El médico tomó la mano temblorosa que le ofrecía la señora de Gordes, y apoyó sus dedos en el pulso. —En efecto—murmuró.—Todo va bien. No hay fiebre, la piel está fresca. Ya sé que habéis dormido, como os prometí...

—Haced que duerma siempre igual. ¡Es tan dulce el sueño después de tantas noches de insomnio!... —Dormiréis, no tengáis cuidado. —¿Qué me vais á recetar? —Nada. —¿Cómo nada? —Ningún medicamento. Abstenerse de todo trabajo, y observar rigurosamente un régimen que os dejaré escrito. Dentro de pocos días recobraréis vuestro estado normal... —¿Nada más? ¡El mal no volverá á reaparecer? —Esa esperanza tengo. Desgraciadamente, Máximo Giraud se engañaba. Juana, durante unos días iba de bien á mejor. Dormía tranquilamente, y poco á poco fue recobrando el apetito y las fuerzas. Una tarde ya pudo dar un paseo por el parque, apoyándose en el brazo de Raoul y en el de Renée. Con este volvió la alegría al castillo y al pueblo, porque, según hemos tenido ocasión de indicar, los criados y los aldeanos adoraban á la condesa. El doctor hizo presente que sus visitas diarias no tenían objeto, y que no volvería á Gordes sino de tarde en tarde, á menos que no se le llamase, en cuyo caso le abandonaríá todo acudiendo en el momento en que hiciera falta. La ocasión de cumplir su promesa no se hizo esperar. A los dos días, un coche del castillo le fué á buscar con premura y le condujo á Gordes. —¿Qué sucedió? La condesa había tenido una recaída, cuyos síntomas se diferenciaban totalmente de los que

había experimentado hasta entonces. Desde este momento se presentó una nueva enfermedad, más extraña, más misteriosa, más inexplicable que la primera. En el centro de lo que la ciencia establecía, presentábanse á cada paso alternativamente incomprensibles ó ablatimento general con reacciones inesperadas, que desconcertaban por completo los cálculos del doctor Giraud. Máximo estaba desesperado. La mujer á quien tanto adoraba, y por quien hubiera dado su vida, iba consumiéndose lentamente delante de sus ojos, sin que él, médico y enamorado, pudiera hacer nada por salvarla. —¿Para qué sirve la ciencia?—se preguntaba lleno de amargura.—Señor conde—dijo un día á Raoul—cometería una falta imperdonable á mis propios ojos si os ocultase la gravedad de la situación. El mal se agrava y no tengo recursos contra él. La responsabilidad moral que contraigo asistiendo solo á la señora condesa, necesito descargarla en otra persona más entendida que yo... Os agradecería que convocárais una consulta. Soy un médico de provincia, que carezco de experiencia y de autoridad. Llamad á dos ó tres notabilidades de París. Yo no veo más que tinieblas... Ellos pueden darnos un rayo de luz. Renée estaba presente... Al oír la proposición de Máximo se inmutó; pero supo dominarse y aparentó estar serena. —Estáis en lo cierto—dijo—y yo soy de vuestra opinión. Pero... ¿no teméis asustar á mi hermana al confesarle vuestra inquietud? Llamar á su cabecera los médicos de París, es demostrar la inminencia del peligro... La consulta es expuesta en este sentido, y el miedo puede producir en Juana un resultado funesto.